

Capítulo 27 - Fin del Volumen III - La Tierra de los Caminos Rotos

- [Capítulo 27 - Fin del Volumen III - La Tierra de los Caminos Rotos](#)

Capítulo 27 - Fin del Volumen III - La Tierra de los Caminos Rotos

Lo siguiente que supo Dirt fue que amanece, y Socks seguía dormido. Él, Biandina y ahora también Antelmu dormían apiñados, acostados sobre una manta, tan cerca de la cálida barriga del cachorro como podían. La caballa, Boulder, estaba aburrido, allí parado sin quehacer y sin ganas de ir a ningún lado. Socks debió haberlo convencido de no tener miedo, porque no mostraba temor más allá de su inquietud habitual de un animal presa. Su humano yacía dormido, y eso actuaba como una atadura.

Justo cuando Dirt se estaba acomodando para descansar y esperar, Socks se despertó de repente, se puso de pie. Levantó su hocico hacia el aire y dijo: —Despierten, ustedes dos. Los humanos vienen. —

Antelmu prácticamente saltó del susto, pasando de un sueño sobre ratones a un estado de alerta en un instante. En un latido, su rostro se llenó de miedo y corrió hacia su caballo, asegurándose de que todo estuviera listo para partir. Y así era. El caballo mostraba menos entusiasmo, y Dirt supuso que probablemente tenía hambre.

—Estábamos demasiado cansados para hablar anoche. Dirt estaba agotado y yo también. Pero si quieres venir, no puedes traer a tu caballo. Es demasiado lento—, dijo Socks.

—Boulder es rápido. No los retrasaremos—, respondió Antelmu, revisando las distintas bolsas y objetos colgados en el caballo. Muy a sabiendas, evitó mirar a Socks, simplemente siguió preparándose.

—Boulder es veloz, pero solo para un caballo. Mis piernas son mucho más largas que las de él y puedo usar mana—, dijo Socks. —No puedo ver sus mentes desde aquí, pero apuesto a que los humanos vienen a buscarte. Decide ahora. Regresa para encontrarlos, o envía al caballo de vuelta sin ti montado. Le diré a Boulder que siga el rastro hasta encontrarlos—.

Dirt frunció el ceño con empatía. Antelmu probablemente imaginaba las cosas de manera muy distinta. Amaba a su caballo, y seguramente era tan hábil como cualquiera montando. Y sin él, ¿qué le quedaba por ofrecer? En lugar de ayudar, sería un peso que come. Algo similar a Biandina, pensó Dirt, ahora que reflexionaba. Eso le dibujó una sonrisa, que apresuró a suprimir antes de que alguien notara.

Biandina se acercó y puso una mano suave en el hombro de su hermano, quien intentó sacudirla. —No dudo que merezcas acompañarnos, pero ¿no necesitan todavía a mamá y papá? Perdieron a Prosperu, y también a mí. ¿Quién entrenará a los nuevos perros en primavera, y quién enseñará a Oraziu a montar? Tengo que irme. No tengo opción. Pero tú sí, Antelmu. ¿Estás seguro de querer venir? Quizá nunca volvamos—.

Dirt esperaba que ella le dijera que regresara, pero la muchacha lo sorprendió. Echó una mirada a su mente y Biandina realmente quería que su hermano viniera, por afecto. Pero también pensaba que quizá era lo correcto.

Antelmu siguió hurgando en sus bolsas. Sacó un saco de alimento que Dirt no llegó a ver bien antes de colocarlo sobre la cabeza de Boulder para que el caballo comiera.

La mañana fría y radiante era estimulante. Cada aliento de aire helado despertaba en los pulmones de Dirt, dándole energía. La ropa nueva mantenía bastante bien el calor de la noche, y el frío sólo tocaba su rostro. El paisaje cubierto de nieve era cegador, a menos que mirara a Socks, que era lo suficientemente grande para bloquear la mayor parte del reflejo. En general, no parecía ser una mañana que requiriera comenzar con una gran actividad. Pero aquí estaban, listos para partir.

- Caballo o nosotros. Decide en este momento.-

La tierra le daba la impresión de que esta decisión era más difícil que haber llegado allí. Al observar la mente de Antelmu, el chico estaba en una profunda confusión. Todo lo que había imaginado hacer involucraba al caballo. Luchar contra monstruos, explorar, cazar, otras actividades grandes y emocionantes. El chico ya se sentía como un héroe de un cuento, pero ahora podría quedar a medias.

No, esto era una prueba. Los ancestros lo observarían y guiarían, al igual que las estaciones, los elementos y las estrellas, si ellos demostraba su valía. No se rendiría ya, por más difícil que fuera escoger.

Antelmu se volvió hacia el gran cachorro y recopiló sus pensamientos. Elevó ambas palmas hacia arriba, como lo habían hecho sus gentes cuando Socks llegó por primera vez, y dijo: “Gran Lobo, ¿me llevarías también contigo?”

-¿Estás seguro?-

“Sí.”

-¿Por qué?-

“¿No estamos apurados?”

-Entonces sé breve.-

“Quiero salvar a mi tribu, quiero ver todo y también asegurarme de que ella está bien,” afirmó. Cada declaración fue más tranquila y sincera que la anterior.

-Entonces toma lo que quieras llevar.-

El chico tomó una mochila, un odre de agua, un pequeño arco y una carcaj de flechas. Luego desajuntó una lanza y preguntó: “¿Debería llevar esto?”

La lanza salió disparada de sus manos por sí sola y se deslizó junto a la vara que Dirt había fabricado antes, en el arnés del cachorro. Entonces, los tres niños se levantaron y fueron depositados rápidamente sobre el lomo del cachorro. Dirt ayudó a organizar a los otros dos para que pudieran acostarse fuera del viento y seguir sujetándose.

Cuando todos estuvieron listos para partir, Socks le indicó al caballo que regresara por el otro camino, en gran parte porque relacionaba la idea de comida y calor con esa dirección. El caballo miró con cautela, luego resopló en su talega de comida y comenzó a caminar.

Había una última tarea por hacer. Socks levantó su pata y orinó, como siempre, en una cantidad enorme. Se formó una mancha desprovista de pasto de varios pies de ancho.

Dirt le dijo a Socks: “Nosotros también tenemos que orinar. ¿Por qué solo tú?”

-Sus caballos olerán el orín de depredador y les será difícil seguirnos. Pararemos un rato para ustedes, así que aguántense.-

—Bueno, no nos muevas mucho o no podremos aguantar mucho más.-

-Nunca me muevo-, afirmó Socks divertido. Estaba tentado a sacudir su cuerpo y darle un buen susto a Dirt, pero se contuvo. Apenas.

El cachorro salió corriendo con entusiasmo. La nieve era ahora más densa, pero menos profunda, y Socks pudo correr casi con normalidad. Hacía su mejor esfuerzo por no sacudir, pero Dirt no aguantó y lo hizo detenerse poco después. Biandina rechazó cualquier ayuda con su ropa, la cual necesitaba porque solo le quedaba un brazo y todavía le dolían las heridas, y todos tuvieron que esperar hasta que ella lograra arreglárselo. Finalmente lo hizo, y ató sus pantalones a su satisfacción.

Después de volver a ponerse en marcha, Socks fue demasiado rápido para que los humanos pudieran hablar sin que el viento los interrumpiera, por lo que cada uno quedó atrapado en sus pensamientos. Dirt no pudo evitar sentirse curioso por sus nuevos compañeros, así que vigiló sus mentes un poco. Biandina se sentía aliviada de que quizás sobreviviría, aunque se sentía horrible y deformada ahora con su brazo perdido y las cicatrices. Pero además de eso, seguía recordando a su familia, cómo se aferraba a ella y cuánto los quería. Incluso su madre, que generalmente era fría y amargada, había mostrado un amor genuino en esa despedida final. Fue una despedida más amable de lo que ella se había atrevido a esperar, y un recuerdo que la calentaría durante muchos años.

Antelmu, por otro lado, se sentía peor y peor con el paso del tiempo, aunque su determinación nunca vaciló. Al principio, se enorgullecía de sí mismo por ser tan fuerte como el hierro y no sentirse triste en absoluto, pero la pérdida de su caballo abrió la puerta a la pérdida de su familia,

y cada persona añadía una capa más a la bola en su pecho. Sus amigos, también, quienes habían sido como hermanos. Aún no lo sabían. Pero alguien tenía que hacer algo, como decía aquel extraño niño. Y esa persona era él.

Al acercarse el crepúsculo, llegaron al pequeño grupo de colinas de mesetas planas y desenterraron la carne congelada. Era dura como el hielo, pero el cuchillo de Dirt era lo bastante afilado para cortarla de todas formas. Alimentaron a Socks con un poco, aunque no le gustaba congelada y todavía no tenía mucho apetito después de haberse atiborrado unos días atrás aquí. Al final, tomaron seis gruesas tiras tan largas como el brazo de Dirt, envueltas en hierba que otros dos habían desenterrado. Después, Dirt cortó algunas tiras finas para la cena, que prepararon esta vez.

—¿Puedo probar ese cuchillo? ¿Cómo haces para que esté tan afilado? —preguntó Antelmu, pero Biandina estaba justo detrás de él.

Dirt sonrió y respondió: —Nunca tengo que afilarlo. Es una hoja eterna. ¿Alguna vez has oído hablar de esas?

—No —dijo Biandina—. ¿Podemos verlo?

—Claro —contestó él. Lo sostuvo extendido, y Biandina fue la primera en tomarlo. —Lo encontré en una cripta enterrada con un muerto.

Ella cortó, con cuidado al principio solo con la punta, pero luego sus ojos se agrandaron y cortó una tira de carne a medio congelar, tan larga como su brazo. —¿Qué... qué...? —dijo, incapaz de creerlo—. ¿Cómo puede ser tan afilado?

Antelmu, sin pausas, alcanzó con cuidado a cogerlo de su mano, incapaz de esperar más, y repitió el mismo acto. Gritó sorprendido y luego soltó una risa asombrada. —¿Lo conseguiste en una tumba? —preguntó, con los ojos brillando.

—Sí, debajo de tierra. Estaba en las ruinas de una antigua ciudad de mi pueblo —explicó Dirt—. Probablemente haya más.

Dirt no necesitaba leer sus pensamientos para saber que Antelmu y Biandina decidieron que debían explorar ruinas ahora, igual que Héctor e Ignasi lo habían hecho cuando Dirt les contó dónde lo había encontrado.

Al llegar la noche, la temperatura se volvió realmente fría, y los humanos se acurrucaron bajo mantas, justo junto a la barriga de Socks. Los tres no cabían muy bien en la misma manta, así que Dirt tenía la suya y los hermanos compartían otra. Yacían de espaldas sobre la hierba, hombro con hombro, susurrándose en silencio. Dirt se acurrucó junto al pelaje de Socks y convocó unas brasas cálidas, que compartió con ellos.

—¿Qué tan lejos crees que estamos del territorio de los lobos? —preguntó Dirt en voz alta, para que todos lo escucharan.

—Solo unos pocos días. Tal vez tres o cuatro. Depende de qué tan rápido avancemos —.

—Espero que sean felices de vernos —.

—Ya lo verás. Buenas noches, pequeños humanos —.

Antelmu y Biandina se despidieron con un buen deseo de buenas noches, y luego siguieron susurrándose el uno al otro. Dirt aún lo escuchaba, pero solo si ponía atención deliberadamente, y eligió no hacerlo. Que tengan un poco de tiempo solo para ellos.

Mentalmente, Dirt preguntó a Socks: —¿Qué piensas de todo esto? Siento que hacemos demasiadas cosas por mí y no lo suficiente por ti. Ojalá pudieras pasar más tiempo con tus hermanos y con papá.

—No me arrepiento —respondió Socks—. Estoy disfrutando. Visitar a los otros lobos será algo para mí —. Aunque añadió—, los extraño, eso sí. Quiero jugar sin preocuparme por lastimar a alguien. Y papá nos enseña cosas diferentes a las que aprendo contigo, cosas que necesito aprender. Tú no puedes enseñarme cómo ser un lobo. Pero estoy aprendiendo otras cosas que mis hermanos no pueden aprender entre ellos. Algún día, papá podrá enseñarme el resto, y sabré dos conjuntos de conocimientos.

¿Crees que sea una mala idea seguir enfrentándonos a la Mirada? Ni siquiera estamos completamente seguros de qué es en realidad.

-Ya es demasiado tarde para pensar en eso. Tú tienes a dos humanos contigo que vienen preparados para luchar.-

-Es cierto. Solo quiero saber qué opinas tú, ya que no hemos hablado de este aspecto.-

-Creo que si alguna vez encontramos una forma de eliminarla, deberíamos hacerlo. Y la odio. Quiero acabar con ella y lucharé cada vez que la vea.-

-Bien. Yo también,- dijo Tierra. “Me pregunto cómo serían las cosas si estos hubieran sido los primeros humanos que encontré en lugar del grupo de Marina.”

-Y, ¿y si la primera persona que conociste fuera el hombre que te disparó con una flecha?-

-Cierto. Eso dolió mucho, ahora que lo recuerdas.-

-Si no hubiera estado allí para lamerla, te habría matado.-

-También cierto. Me salvas de muchas maneras distintas.-

-Tú también salvaste mi vida, ¿recuerdas? Y juntos aprendimos cosas que salvaron mi vida en otras ocasiones, cosas que no habría descubierto por mi cuenta.-

-Claro que sí. Solo quiero agradecerte.-

-Eres bienvenido, pequeña Tierra,- dijo Calcetín. No tenía ganas de moverse, así que envió la imagen de lamer la cara de Tierra acompañada de una muestra de afecto.

Tierra sonrió y le devolvió la muestra de cariño el doble. Luego dijo: “¿Sabes qué sigo preguntándome? ¿Recuerdas cómo Biandina hizo un sacrificio, y luego la salvamos y matamos al rucche? Me pregunto si los dioses todavía están escuchando. Me pregunto si de alguna manera te guiaron hasta mí. Cosas así.”

-¿Quién puede decirlo? Padre y Madre parecen pensar que los dioses ya no importan.-

-Recuerdo que mi padre decía que estaba menos libre cuando los dioses aún estaban presentes. Por eso, hay dos cosas que me preocupan un poco. Si los dioses todavía existen, ¿estarán enojados conmigo por haber roto el mundo? ¿Buscarán venganza algún día? Y si regresaran, ¿qué pasaría con tu raza y con los árboles? ¿Crees que devolverían los árboles a la época en que eran ignorantes y pequeños?-

-Creo que los dioses probablemente ya no están,- dijo Calcetín. -Pero si aún estuvieran, mi padre está de mi lado, y el bosque también, y nosotros estamos juntos en esto, así que incluso los dioses tendrían que tener cuidado.-

-Solo quiero decirte, para que nunca tengas dudas, que si arreglar el mundo significa hacer daño a los lobos, a los árboles, a los elementales y quizás a todas esas cosas maravillosas que aún no hemos descubierto, yo no lo haré. No lo haré,- dijo Tierra.

-Y yo también digo que, para mí, el mundo no está roto. Es un paraíso. Todo está abierto, todo es libre, y el mundo está lleno de enemigos y presas, de nuevas vistas y maravillas. El hecho de que haya pequeños humanos en él solo lo hace más asombroso. Lo amo. Amo estar vivo. Y te amo a ti, mi pequeño Tierra, y me alegra que estés conmigo.-

-Y yo también te amo, Calcetín. Estoy feliz de estar contigo.-

-¿Qué soñaremos esta noche?-

-¿Vamos a imaginar juntos a Biandina y a Antelmu y a ver de qué está hecha la luna?-